

JULIO M. LLANES

Nació en Yaguajay, Sancti Spíritus, Cuba, en 1948. Es narrador, investigador y promotor cultural. También es profesor de la Universidad José Martí de Sancti Spíritus. Es uno de los más representativos creadores de la actual literatura infanto-juvenil en la isla. Ha publicado una veintena de libros en su país y en el extranjero (novelas, relatos, ensayos, testimonios literarios, crónicas), con los cuales ha obtenido premios (Premio Nacional Edad de Oro y La Rosa Blanca). Algunos de sus libros son: *Paquelé*, *El día que me quieras*, *El pájaro del alma*, *Todo lo que usted necesita es amor*, *Che entre la literatura y la vida*, *Sueños y cuentos de la niña mala*, *Las palomas de Guillén* y *Alicia, el vuelo de la mariposa*. En Aguascalientes se hizo presente en La Cofradía e invitó a los asistentes a eventos culturales de su país. Algunos cofrades le han tomado la palabra.

Miércoles, el difícil

Los que me conocen, al menos mis amigos más cercanos, dicen que en vez de Ransel, yo debí llamarme “Miércoles, el difícil”. Igual que el mismísimo día del medio de la semana, el atravesado, porque cuando la mayoría va en una dirección, yo camino en la opuesta; sin embargo, el apellido “difícil” es injusto, pues se debe a que no me quedo callado nunca y no me gusta decir las cosas por detrás, sino de frente.

—¿Por qué tienes que ser así, tan ríspido, tan discudidor y dueño de la verdad? —me preguntó un día papá, con el ceño fruncido y mirándome a los ojos, como si tratara de descubrirme con una gran mirada.

Realmente me extrañó esa pregunta suya, porque para él todo lo que no está en el marco de la literatura se encuentra fuera de sus prioridades. Sobre todo cuando se obsesiona con los personajes inventados por él mismo se transforma en otro: puede ser un negro esclavo del siglo XIX, que mira con odio porque lo trajeron a la fuerza de África, un filósofo del Medioevo que se pregunta angustiado cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler o una señorita melancólica que acaba de perder la virginidad. Lo digo porque cuando eso sucede yo no existo. Para comprobarlo, una tarde me puse al revés un pulóver muy vistoso de rayas rojas y azules, de esos que todos elogian y quieren saber dónde lo conseguiste, pero él ni cuenta se dio durante horas; sin embargo, no hice más que poner un pie fuera de la casa y la vecina me preguntó si lo hacía por una onda de moda o, sin darme cuenta, me había puesto el pulóver al revés.

Papá no sabe que en la escuela me llaman Miércoles, el difícil, y es mejor que nunca lo sepa. Ese apodo no me lo gané por maleducado ni por faltar el respeto, sino porque cuando levanto la mano y pido la palabra, todos dejan de escribir y me miran, convencidos de que voy a decir algo no esperado. La va a poner difícil, dice la cara de Yulieski. La voy a poner difícil, afirmo en

mi yo interior, contento, no lo niego, de saber que todas las miradas se concentran en mí. Pienso que el adjetivo “difícil”, más que injusto, es equivocado. Realmente, lo que sucede es que la gente sonríe si tú dices lo que esperan, y callan o se molestan cuando lo dicho es contrario a lo que piensan, a lo que desean o es lo que no se atreven a decir.

Recuerdo cuando se terminó el ensayo para la fiesta de finalización del curso anterior y el director de mi escuela pidió opiniones.

—Yo todo lo veo muy bien así; no obstante, me interesa saber la opinión de ustedes...

No iba a hablar ese día, pero, como él insistió tanto, levanté la mano y un murmullo recorrió el teatro. No me gustó que el director comenzara dando primero su opinión. ¿Entonces para qué quería la de nosotros? Por eso levanté la mano más alto y pregunté si el público iba a ser éste de la secundaria o si serían niños de alguna primaria. Ni me contestó. Parece que lo decepcionó mi intento de opinión disfrazado de pregunta. La escuchó disciplinadamente, hizo como que la anotaba en su agenda, pero me dio la impresión de que no le gustó ni le importó mucho.

—Lo que sucede, Ransel —me dijo muy serio papá cuando se lo conté—, es que hay muchas maneras de decir las cosas y tú siempre encuentras la que va de frente y eso choca.

Traté de defenderme, pero él insistió:

—Hay muchas maneras de decir las cosas. O sea, que si hubiese sido él, el escritor, seguramente seleccionaría las palabras, cambiaría el tono y haría una sugerencia. Pero resulta que yo soy yo, no un personaje literario de esos obligados a decir lo que quiere y conviene a la trama.

Las clases comenzaron hace sólo unos días. Me ubicaron en un grupo numeroso, pero la mayoría nos conocemos. La única nueva es la muchacha que vino de traslado de otra provincia y se sienta a la derecha, exactamente a tres metros de mi

asiento. Todos la miran. Las chicas para ver qué defecto tiene, porque no puede ser tan bella y tan perfecta, seguramente es más bruta que un caballo cerrero, como asegura Milena. Es tan hermosa que parece sacada de la foto de un álbum de belleza, pero no debe saber decir dos palabras interesantes, afirman otras. Encandila de sólo mirarla, dicen algunos... Habla con tanta dulzura que uno se cree que está pidiendo un beso, reafirma mi amigo Yulieski. Parece torneada en madera fina, qué clase de cuerpo, qué ojos, qué boca, qué cintura, me dijeron casi todos los varones en el receso. Es hermosa, pero no para tanto, dije, y traté de mirarla únicamente cuando ella no se diera cuenta, porque me fastidia que quieran comérsela con los ojos. Las mujeres, cuando saben que son demasiado hermosas, miran a su alrededor como si los demás fuéramos pulgas. Eso no es para ti, Difícil, me afirmó Donato; además, yo la vi primero, advirtió burlándose de la frase predilecta de Yulieski.

Entonces, por esos días, apareció con su sonrisa inteligente la profesora de literatura. Dio un paseíto entre los asientos y nos dijo:

—Hoy vamos a hacer un nuevo juego participativo, muy emocionante y dinámico —sonrió para ver si alguien lo adivinaba, pero no teníamos ni idea.

Una actividad muy creativa, se llama *cadáver exquisito*... He escuchado a otros profesores decir cosas parecidas. Traen lo último, lo más moderno, lo más creativo. Finalmente, la sorpresa resulta algo viejo, ya gastado. El *cadáver exquisito* no lo inventaron los profesores de literatura. En un libro de papá se dice que fueron los poetas y pintores surrealistas. Yo no pensaba hablar, pero como no especificó, y tal parecía que ella había inventado el juego de participación tan creativo, levanté la mano. Demoró en darme la palabra. Por fin, lo hizo a regañadientes:

—Bueno, veamos que nos quiere decir Ransel sobre esta nueva estrategia creativa...

—Yo, maestra, sólo quiero agregar lo siguiente: en un libro de la biblioteca de mi papá leí sobre el tema. Y, entre otras cosas, allí está escrito que por los años 27 y 30 del siglo pasado, los surrealistas inventaron el juego del cadáver exquisito. El nombre se deriva de una frase que se dijo cuando se jugó por primera vez en Francia: “El cadáver exquisito beberá el vino nuevo”.

La maestra se viró hacia el pizarrón y trató de escribir algo, pero la tiza parecía temblar en su mano. La vimos respirar hondo. Entonces, sin hablar, repartió una hoja grande, pidió que cada uno escribiera un verso improvisado y doblara el papel, para que el siguiente ignorara lo escrito por el anterior. Al final, designó a la alumna Angelina —el nuevo bombón del aula, la acaparadora de miradas varoniles— para que abriera el abanico de papel y leyera el conjunto de versos secretos. No era un poema como tal, pero resultó agradable, enigmático y sonaba bien al oído.

Cuando ya nos retirábamos al receso, la profesora me hizo una señal para que la esperara. Cuando todos salieron, ella me habló bajito, pero con las palabras lentas y fuertes, casi masti-cadas por sus dientes:

—Yo sé que a ti te llaman Miércoles, el difícil, y parece que te lo has creído de verdad. ¿Qué querías demostrar con lo de hoy? ¿Qué sabes mucho? ¿O que cuando tú hablas la tierra tiembla? ¡Conmigo no te hagas el gracioso, ni te equivoques! ¿Entendido?...

Quise explicarle que yo no le había faltado el respeto, pero no me dejó continuar. “Puede retirarse”, dijo, mientras recogía sus cosas y miraba hacia la pared.

Ya en casa, para desahogarme, cuento lo ocurrido. Y, como un disco rayado, papá me repite lo mismo de siempre:

—¿Para qué tenías que hacer esa precisión en clases? ¿No podías esperar y, más tarde, conversar a solas con ella?...

—Yo, simplemente, dije la verdad.

—¿Cuántas veces te voy a explicar que el problema no es decirla, sino cómo?

Papá está enojado conmigo. Yo lo estoy más con la profesora y, sobre todo, con él. Me pongo de pie.

—¡No he terminado de hablar! —advierte.

Pero yo no me voy de su cuarto de estudio, sino que busco una novela suya muy famosa y la pongo en su mesa de trabajo. Se titula *Diákara*, que en bantú significa “el mundo de la verdad”. En ella, Daniel, el personaje principal, siempre dice la verdad, aunque le cueste la vida.

—¿Por qué tu Daniel siempre dice la verdad y yo no puedo?...

Se queda callado, como si se hubiera transformado en una piedra. Yo estoy tan molesto que no me detengo:

—¿O es que en la literatura se puede decir siempre la verdad, pero en la vida no?

Salgo del cuarto de estudio en medio de un silencio enorme. Al rato, regreso.

—Perdóname por la forma en que me expresé —le digo con mi mano sobre su hombro, más que con la voz.

Esboza una sonrisa de no hay problema, que no le sale y se le pierde en un gesto de cabeza y labios apretados.

—Pero no me arrepiento de lo que dije —le preciso.

Él también sonrío. Levanta el índice y lo mueve ante mis ojos:

—Cualquier día te meto en una novela —sentencia en una amenaza jocosa.

Papá sabe que yo he descubierto en sus personajes virtudes, defectos y hasta frases de sus amigos o enemigos. Como tiene fama de poner buenos títulos a sus obras, bromeo con él:

—¿Ya tienes el título de tu próxima novela?

—Todavía no.

—Bueno, pues te lo regalo.

Me mira muy atento, porque cuando le hablan de literatura, sus oídos se afinan al máximo.

—“El amor es un cadáver exquisito”... —le digo solemnemente.

No me pregunta por qué ese título. Y yo, triunfador, disfruto de su semblante pensativo, especialmente de esa mirada suya, intranquila y fija que usa siempre cuando no comprende algo y trata de encontrar el misterio detrás de las palabras.

Tomado del libro *Todo lo que usted necesita es amor*, obra de literatura juvenil, recomendada por el jurado del Concurso Internacional Libresa y publicado por esa editorial en Ecuador.

